

designios. Es el primer mentiroso y el primer homicida, pues hizo morir á los hombres dando la muerte al primero de todos ellos. Por sus malignas y sangrientas sugerencias se hizo la primera muerte en el mundo. Fué criado en la luz de la fe, pero prefirió la mentira á la verdad; por esto no hay que extrañarlo cuando miente, que esa es su profesion; ser padre de la mentira, del engaño y del pecado, que causa la muerte; sobre lo que dice san Agustin [1]: No creas que no cometes un homicidio cuando aconsejas mal á tu hermano y le induces á que cometa la culpa y el pecado; y para que conozcas bien que lo matas, oye lo que dice el Salmista [2]: Rejonnes y flechas son los dientes de los hijos de los hombres, y su lengua una espada bien afilada, pronta á dar la muerte.

No permaneció el diablo en la verdad ni en las obras de la justicia, porque negó á Dios la obediencia; y el que no obedece no es veraz ni fiel: como Dios es el Padre y el autor de la verdad, así el diablo es el padre y el autor de la mentira y de la muerte; pues antes que él existiera no había lo uno ni lo otro, y por él es todo hombre mentiroso. Nada habló al hombre primero que no fuese una gravísima mentira: *Sereis como dioses, sabreis el bien y el mal, no morireis*: dióle el hombre crédito y fe mas que á Dios, y por esto se hizo desgraciado, se condenó á la muerte y á todas las desgracias y penalidades de la vida. Hizose no menos imitador que hijo del demonio, y justificó que lo es en la irreconciliable enemistad que profesa á las verdades que el Señor le enseña. Esto dió margen y lugar á que el Salvador redarguyese terriblemente á los escribas y fariseos, y como para justificarse les dijo: *¿Quién de vosotros podrá convencerme de la menor falta!* Lo que fué decirles verdaderamente: Vosotros queréis matarme; justificadme pues un pecado que me haga digno y merecedor de la muerte, y si no podeis hallarlo en mí, sabed que vuestra justicia está manifiesta, pues queréis condenarme siendo inocente como lo soy.

Pensarse ha, dice san Gregorio [3], y examinarse bien la manse-
dumbre del Hijo de Dios que había venido al mundo para perdonar

[1] Div. Aug. Tract. 42 in Joann.

[2] Ps. 56, v. 5.

[3] Div. Gregor. Hom. 18 in Evang.

los pecados de los hombres, y sin embargo, no se desdena de manifestar con razones y argumentos que no es pecador, sino que en él reside la virtud de la divinidad para justificar los pecadores. ¡Qué asombro! Cargó sobre sí con los dolores y trabajos de la miserable condicion humana; eligió la pobreza y no se rindió de la opinion y nota de ignorante en que le tenían algunos; pero no quiso sufrir la de pecador con que se le acriminaba. Tratábasele de quebrantador del sábado y se le acusaba de bebedor de vino; y al oír semejantes calumnias, desafia públicamente á sus malignos acusadores y les invita á que le convenzan de uno solo de los delitos con que le deshonran. ¡Pero quién había de convencerle de la menor falta! Y viendo que todos á su primera embestida habían quedado reducidos á un vergonzoso silencio, les añadió: *Si os digo la verdad*; si no hallais realmente en mí cosa alguna que reprender; si mis obras y mis leyes son igualmente irreprehensibles, y si con pruebas las mas convincentes, y con milagros que no podeis negar os demuestro ser verdad cuanto os predico y enseño, ¿por qué no creéis lo que os digo, esto es, que no soy pecador como los demás, y que soy Hijo de Dios? Si alguna vez me hubiéseis convencido de mentiroso ó me hubiéseis cogido en algun defecto, yo os disculparia la desconfianza que manifestais de mi persona; pero no siendo así, vuestra incredulidad no es disimulable. ¡Ah! Vosotros acreditais bien lo que sois. ¡Qué derecho ó título podeis alegar vosotros para ser creídos!

La verdad fué siempre, no hay duda, la divisa de los profetas enviados por Dios á su pueblo, y cada vez mas obstinados los desventurados hijos de Judá, no quisieron creerlos y se complacieron en insultarlos, apedrearlos y matarlos; por esto pareció que el Salvador quiso reasumir en este discurso todo lo que en otro tiempo les había dicho por boca de Jeremias [1]: "Sabad y tened por cierto, que si me quitais la vida, derramareis la sangre inocente y la hareis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, pues el Señor es el que verdaderamente me ha envia-

[1] Jerem. cap. 26, v. 15.

“do para que os diga al oído todas estas cosas.” Yo soy aquella *verdad infalible* que hace libres á los siervos [1], la única que puede libranos del engaño y del error; porque solo el Hijo de Dios es el que puede romper la cadena con que están atados los hijos del diablo. Vosotros empero no oís esta verdad porque no sois de Dios; no tenéis por maestro al Espíritu divino; é hinchados con vuestra soberbia y corrompidos con vuestras costumbres, no os ocupáis sino en las cosas de la tierra, y esta es la señal clara y manifiesta de que no sois hijos suyos. El que es hijo de Dios no solo por la naturaleza, sino por la fe, no por la confesion, estéril muchas veces, de la boca, sino por el amor y por la conformidad de la voluntad; esto es, el que oye las palabras de Dios, no solo con los oídos del cuerpo sino con los del alma, las oye libremente y con gusto, porque le inclina y lleva el amor, y cada uno oye con gusto las doctrinas de aquel á quien profesa afecto, porque el oír entonces le es muy conforme y natural: el que no tiene empero ni fe ni amor, como no lo tenían los judíos, no puede oír las palabras de Dios.

Con estas palabras y doctrina de Jesús, cada uno puede conocer y probar su conciencia para ver si es hijo de Dios ó no. El que oye con gusto la voz de Dios que manda que suspiremos por la patria, eternamente dichosa, que no deseemos lo ajeno, que repartamos á los pobres lo propio, que despreciemos las glorias mundanales, que trabajemos incesantemente en la consecucion de la eterna, y otras cosas semejantes; el que no solo todo esto oye, sino que lo cumple con alegría, este no dué que es hijo de Dios. Pero el que duro y obstinado de corazón desprecia oír la palabra de Dios ó la oye solo con los oídos del cuerpo y de ninguna manera obedece ni cumple lo que por ella se le manda, este no es hijo de Dios, y tales eran aquellos contra quienes concluyó el Señor diciendo: Vosotros, que no oís ni queréis oír, dais en público la muestra mas cumplida de que no sois de Dios. Esta es una sugestion del diablo y vosotros la cumplís por vuestra mala voluntad. Sois hijos del diablo, no por creacion, sino por imitacion; sobre lo que habla san Agustín en un-

[1] Joann. cap. 14, v. 6.

do dice [1]: No sois de Dios, no atiendas á la naturaleza, sino al vicio, porque hijos de Dios son por la naturaleza, pero no por el vicio de la mala inclinacion y de los torcidos afectos.

Era una de las mas atroces injurias que pudieran decirse á los israelitas el decirles que no eran hijos de Dios. Era herirlos con una espada de dos filos, y en la parte mas sensible y delicada que podian tener; era lastimarlos en lo mas precioso de su honor, pues ellos se atribuían ese título glorioso con exclusion de todos los pueblos de la tierra. Su vanidad y orgullo en esta parte rayaba tan alto, que hacian alarde en decir que las otras naciones no contenian sino hijos de los hombres. Confrontábanse con todas ellas, enumeraban con vanagloria los beneficios que Dios les habia hecho desde el instante en que segregádos de los demás pueblos de la tierra, les habia llamado á ellos solos para formar su pueblo; complaciáronse en recordar el modo con que el Señor los habia libertado de la tierra de Egipto entre millares de portentos y milagros, hasta introducirles en la tierra que habitaban; y sobre todo, se llenaban de vanidad y orgullo cuando recordaban á los gentiles las humillaciones y desgracias, la sangre, los horrores y las muertes con que Dios los habia castigado porque se oponian á su pase á la ocupacion de aquella tierra, que con juramento á sus padres habia prometido. Por esto al oír que el Señor les decia que no eran hijos de Dios, dejáronse llevar violentamente contra su Majestad y le dijeron: No sin razon nos declaramos abiertamente contra vos, firmemente persuadidos de que sois un verdadero samaritano, esto es, *un apóstata de la ley de Moisés*. Tal es preciso que seais, y es innegable que estais poseído del demonio, pues hasta ahora no ha habido un enemigo tan declarado de los judíos que se atreviese á disputarles el título de hijos de Dios.

Llamáronle samaritano por desprecio de su persona, y endemoniado para desacreditar su doctrina, añadiendo: Que no le trataban así por rencor ó envidia, sino por puro amor á la verdad. Frenesi es del corazón obstinado pagar con injurias y calumnias el celo de

[1] Div. August. Tract. 42 in Joann.

quien le desea curar, y mucho mas cuando esto se hace sin escrupulo ni remordimiento de conciencia, creyendo el enfermo que la ceguedad y el error está en el médico.

Satisfechos estaban los judios por las doctrinas de Jesús de que no eran hijos de Dios ó de Abraham, segun el espíritu, sino que lo eran del diablo; y no pudiendo contradecir tan verdicosos asertos con obras y doctrinas verdaderas, las contradijeron con injurias y se guarecieron entre la calumnia, ya que no podian cubrir su pecho con el escudo de la verdad. Contradiendo pues al Señor, le llamaron samaritano y poseído del demonio, aunque sabian bien que Jesucristo era judío y no samaritano. Diéronle este titulo, porque los samaritanos eran los enemigos mas crueles de los judios, y como á tales los mas aborrecidos de estos. En su concepto, los samaritanos observaban en parte la ley de Moisés y en otra la quebrantaban; y como los judios acusaban constantemente á Jesús de quebrantador de la ley del sábado, por esto no le rehusaron el apodo de samaritano. En el concepto de los judios eran los samaritanos pecadores públicos, y como veian la frecuencia y la familiaridad con que el Salvador comia y conversaba con los publicanos y pecadores, era esta otra de las razones porque creyeron con fundamento que podian llamarle samaritano. Miserable estado á que conduce á los hombres el odio, la mala voluntad y la sinrazon, cuando se empeñan en denigrar á su prójimo aquellos que mas debian respetarle y venerarle!

Tranquilo, sin escozor y sin remordimiento alguno, respondió Jesús á los judios y dijo: Yo no estoy poseído del demonio; lo que fué decirles: No es el lenguaje suyo el que yo hablo con vosotros, ni tampoco son obras suyas las que yo ejecuto. Vosotros desconocéis la moderacion y benignidad con que yo os hablo, á pesar de la dureza de vuestro corazon; y si alguna vez os hablo con un celo mas ardiente de lo que vosotros deseárais, sabed que no es este el furor de un espíritu maligno, sino un efecto del vivo deseo con que busco vuestra salvacion. Yo honro á mi Padre, lo que no hace el demonio ni permite lo hagan aquellos á quienes él gobierna; pero vosotros porque honro á mi Padre, que quiere en adelante de todos los hombres un culto espiritual fundado sobre la persona de su Hijo,

porque predico un Evangelio que no hace distincion temporal entre vosotros y las naciones, me habeis deshonrado á la vista de todos los hijos de Israel. No me quejo de vuestras injusticias, no busco mi gloria; yo la abandono en manos de mi Padre que juzgará vuestros juicios y me vengará de vuestros desprecios. Qué ejemplo tan admirable de paciencia y sufrimiento que debemos imitar, nos dió en esta ocasion el dulcísimo Jesús, exclama san Agustin [1]. De la paciencia aprendemos la paciencia, y pues nada desea el hombre tanto como el poder, á Cristo tiene que es el mismo poder; mas imite antes su paciencia para llegar á su poder. Desentiéndose de la calumnia personal, que era indeterminada y vaga, y solo trata de refutar la injuria que cederia en descrédito de su mision; por esto abandona su gloria en las manos de su Padre, porque él solo es el que podia glorificarle, con aquella gloria que tuvo en el seno de su Padre mismo antes que el mundo fuese hecho. Condenó expresamente el Señor en esta ocasion á todos aquellos que buscan su propia gloria antes que la de Dios, y que colocando en ella todas sus futuras esperanzas, olvidan la gloria y felicidad eterna.

Para manifestar que este era uno de los verdaderos y mas principales objetos que se habia propuesto en la ensenanza que entonces daba á los judios, les añadió: *En verdad, en verdad os digo que el que guardare mi doctrina nunca verá la muerte.* Lo que fué tanto como decirles: Vuestros verdaderos intereses son los que que yo busco, y depende de vosotros el conseguirlos. Aun podeis ser dichosos; esto os aseguro una y otra vez: *El que escuchare mi palabra y obedeciere puntualmente mis preceptos no morirá eternamente.* Parece que el Salvador quiso atemperar y suavizar con esta agradable promesa las amenazas terribles que antes les habia hecho. Pero los judios, que aunque estaban instruidos en que la verdadera justicia libraba de la muerte eterna, la despreciaban por un efecto de la perversidad propia de su corazon, y que se burlaban igualmente de las promesas y de las amenazas del Salvador, las torcieron en un sentido grosero, las interpretaron de la muerte del cuer-

[1] Div. August. Tract. 48 in Joann. cap. VIII.

po, y al punto le replicaron: *Ahora mejor que nunca conocemos que estás poseído del demonio. Murió Abraham, murieron también los profetas; ¿y tú te atreves á proferir que jamás morirá el que guarda tus mandamientos? ¿Eres acaso mayor, mas santo y mas poderoso que nuestro padre Abraham, y mejor que todos los profetas, á quienes no perdonó Dios la muerte? Si por superior á todos estos te tienes, dínos por tu vida, ¿por quién te tienes?*

Solo les faltaba á los pérfidos judíos tratar de soberbio al que es manso y humilde de corazón, y que nos ha dicho que quiere aprendamos de él esta masedumbre y humildad, echándole en cara que se jactaba de ser lo que no era ó mucho mas de lo que era. Misteriosa fué sin duda ésta pregunta, aunque los mismos que la hacían no conociesen el misterio. Razon tenían en preguntarle quién era viéndolo tan abatido, tan humilde y tan despreciado de todos. Rey era, y Rey inmortal de los siglos; príncipe de todos los reyes de la tierra; fortaleza, poder y sabiduría del Padre; y sin embargo, tanta grandeza y poder, tanta magnificencia y gloria se presentaba escondida bajo el velo de nuestra mortalidad. Razon tenían de preguntarle quién era, pues la idea que habian formado de Cristo sobre la misma fe de Abraham y sobre el retrato que de él bosquejaron los profetas, lo elevaba mucho sobre todo cuanto grande se habia visto hasta él entre los hombres y sobre toda la santidad con que habian florecido los profetas. Pero como su intento era obligar á Jesús á que dijera que él era Hijo de Dios é igual á Dios, para tomar de su respuesta una ocasion de escándalo y un motivo de persecucion, aunque no les contestó con las mismas palabras, se explicó con todo en el mismo sentido y manifestó claramente su procedencia del Padre, y que él y su Padre eran una misma cosa, se conocían mutuamente, y que él no solo se gloriaba en confesarle, sino también en cumplir todas sus resoluciones; y así les respondió: *Si yo me glorifiqué á mí mismo, esto es, precisamente en cuanto hombre; si yo me elevo delante de los hombres para merecer de ellos una gloria tan humana, pretenderia por cierto cosa de muy poca consideracion y mi gloria seria nada. Mi Padre es el que me da la gloria, y él es el mismo á quien vosotros llamais vuestro Dios. Vos*

otros decís que es Dios vuestro y jamás lo habeis conocido perfectamente: conviene á saber, porque hasta á mí no ha revelado á persona alguna los secretos escondidos íntimamente en el seno de la Divinidad. Vosotros no quereis oír ni entender lo que de ellos os quiere revelar por su Hijo. Llama pues Cristo Padre suyo, dice san Agustín [1], así que los judíos llamaban su Dios y no le conocían pues si le conocieran hubieran recibido y creído á su Hijo. Esta tan lastimosa ceguedad heredan de los judíos todos aquellos que falsamente se jactan de conocer á Dios, desconociendo al Padre de nuestro Señor y Redentor Jesucristo.

Mas yo le conozco. Y si dijese que no le conozco, seria mentiroso como vosotros. Conozca á mi Padre y él me ha descubierto todos sus designios. Sé su voluntad y no puedo exagerar ni disminuir nada. Yo conozco á Dios y soy el primero que lo he conocido de la manera que quiere que yo os lo dé á conocer, y no me aparto un punto de su santísima voluntad. ¡Qué documento tan sublime! Junta al conocimiento la confesion y no teme parecer jactancioso por no incurrir en la nota de mentiroso; porque consejo es del citado san Agustín: *Que no debe abandonarse la verdad por miedo de la arrogancia á que se expone su confesion.*

Prolongábase mas de lo que querían los fariseos la doctrina de Jesucristo sobre el nuevo culto que los patriarcas y profetas habian previsto por la divina revelacion que se habia de introducir en el mundo por el Mesías prometido. La nacion, hecha cada dia mas grosera, sustituía á este culto el restablecimiento de la ley en su primera perfeccion, junto con una prosperidad temporal y una extension de dominio muy superior á las prerogativas en la misma línea que habian distinguido á sus mayores. Sobre este punto capital degeneraron los hijos de la creencia de los padres. No fué posible atraerlos á ella, y los gentiles, hechos verdaderos hijos de Abraham por la imitacion de su fe, tomaron el lugar de los hijos de aquel patriarca segun la carne; y así continuó diciéndoles: *Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día; viole y se alegró. Insigne-*

[1] Div. August. Ibi.

testimonio dió de Abraham el que era descendiente y criador suyo. Creyó aquel patriarca en la promesa del Señor, y esperando vivía ansioso porque llegase el día alegre de la universal redencion. Con la fe vió este día, no solo cuando le nació Isaac, que era el hijo de la promesa, sino cuando en su sacrificio le fué manifestada una viva imagen de la muerte del Salvador. Mostróle tambien la fe aquel otro día sin fin ni principio, que con luz inefable se descubre á los ojos del corazon del Verbo eterno, la sabiduría increada, la luz de la luz, el brazo de Dios resuelto á unirse con la humana naturaleza, sin apartarse de la vista del Padre. Con todo esto parece que Jesucristo quiso decir á los judíos: Vuestra descendencia de Abraham es toda vuestra confianza; pero este grande patriarca no os reconoce, antes bien niega que seais sus hijos. El deseó con ardor ver el día de mi llegada á este mundo y del establecimiento de mi reinado. Vióle en efecto y se llenó de alegría. Vosotros tenéis la misma dicha y no os aprovechais de él.

En el instante en que Jesús acabó de pronunciar estas palabras, no creyendo que Abraham hubiese podido ver á un hombre que habia nacido tantos siglos después de él, y por otro lado no sabiendo puntualmente la edad del Salvador, á quien los trabajos y ayunos hacían parecer mas edad de la que tenia, le dijeron como burlándose de lo que habian oido: *¿Aun no tienes cincuenta años y quieres hacernos creer que has visto á Abraham?* Así se burló la ciega incredulidad de los fariseos de la verdad clara y manifiesta que habia pronunciado el Salvador; mas esta reconvenccion injusta quedó enteramente desvanecida con la humilde respuesta de Jesús. Cuanto les habia dicho se refería á la divinidad de su persona, y ellos lo entendieron de la edad temporal contada desde su nacimiento. Mas es de advertir que no les dijo Cristo que habia visto á Abraham, sino este á él; y no que le vió, sino que deseó verle; y no á él, sino á su día. Toda esta vision anticipada cabía en el espíritu profético de Abraham, al cual por testimonio público de las Escrituras, constaba haberle prometido Dios muy claramente que de su descendencia habia de nacer el Mesías, en quien serian benditas todas las naciones de la tierra, y así continuó el Señor diciendo: *En verdad os*

digo que es cierto que existía yo antes que Abraham estuviese en el mundo, porque era Dios desde la eternidad; y hablando como habia hablado, no se habia atribuido prerogativa alguna que no estuviese aligada á la preexistencia eterna de su divina persona; lo que no debían ignorar los escribas, pues escrito tenían por David su padre en el libro de los Salmos [1]: "En todo tiempo has sido tú ¡oh Señor! nuestro amparo. Antes que fuesen hechos los montes ó se formara la tierra, ó el mundo universo, eres tú Dios *ab eterno*, y lo serás por toda la eternidad." Sin embargo, al oír que él habia existido antes que Abraham y el mundo, se enfurecieron tanto y llegó á tanto su cólera creyendo que aquella aseveracion era una gran blasfemia, que cogieron piedras para arrojarlas contra el Salvador.

Si en mil ocasiones el ciego furor del judaísmo se descubrió á sí mismo con toda claridad, esta fué una de ellas; pues cuanto mas les convenia demostrar que estaban bien impuestos en la ciencia de las Escrituras santas y que nada ignoraban de cuanto se hallaba escrito en ellas con respecto á la venida del Mesías y á todos los caracteres de su persona, tanto mas justificaban con su conducta y con sus dichos que lo ignoraban y desconocian; siendo por fin tan grande su obcecacion, que ni aun conocían la trabazon y fuerza de las mismas palabras que Jesús pronunciaba. No les dijo yo fui criado antes que Abraham, sino *soy yo*; porque en el principio, esto es, en la eternidad, *era el Verbo*, por el cual fueron hechas todas las cosas. Aquí da un nuevo testimonio de su divinidad, conforme á lo que antes les dijo: *Desde el principio soy yo*. El mismo de cuya boca oyó en otro tiempo Moisés: *Yo soy el que soy*. Aunque me veis hecho el último de todos los hombres por el abatimiento á que me reduce vuestra envidia y malignidad soy el primero por la union de mi naturaleza humana con la persona del Verbo, y por la dependencia que de mí tiene todo lo criado; principio de los caminos de Dios, fin y cumplimiento de todos sus designios [2]. Mis palabras, mis obras, todo cuanto se ve en mí está publicando que soy el Hijo úni-

[1] Ps. 89, v. 2.

[2] Apocalyp. cap. 22, v. 13.

co de Dios, el Verbo del Padre, el principio eterno de todas las cosas. ¡Ay del que me desconozca, ó en mi persona ó en mi doctrina! Así habló el que es la verdad eterna, y cogieron piedras para apedrearle los que no podían resistir la sabiduría del que hablaba, ni podían contradecirle racionalmente con palabras: volviéronse á las piedras duras é insensibles los que tenían el corazón mas duro que ellas, para contradecirle hiriéndole y persiguiéndole corporalmente; con piedras querían oprimirle los que no podían con razones; la dureza de las armas que cogían, era indicio claro de la de su corazón, y estaba en perfecta armonía con la que en otras mil ocasiones habian manifestado. Tal vez para pronosticar esta misma dureza, les dió el Señor su ley escrita en dos tablas de piedra.

San Agustín [1] se manifiesta asombrado á vista de tanta obstinacion y dureza, y exclama: ¿A dónde se encamina y dirige la de los judíos, sino á descubrir á todo el mundo quiénes eran los que eran mas parecidos y semejantes á las piedras? Pero el Señor, que con sola su palabra podia vencerles y vengarse de ellos, no quiso en manera alguna hacerlo; habia venido á padecer y queria domar y vencer á sus enemigos, no con el poder, sino con la humildad; por esta razon se escondió como hombre y como humilde, y salió del templo encomendando á los suyos y enseñando con esta accion á todos la paciencia, sin usar de ninguna manera el poder. Se escondió, no por el temor de la muerte ni por falta de poder para resistir, sino para ceder y dar tiempo al furor de sus perseguidores, hasta que llegase la hora de su pasion; enseñándonos á huir por algun tiempo y evitar el furor de los enemigos, y *salió del templo* indicando el abandono que haria de los judíos, y su paso ó tránsito á los gentiles.

Nótese bien que en algunas ocasiones huía el Señor, en otras salía al encuentro á sus enemigos y en otras se escondía. Huía cuando le preparaban honores, cuando le clamaban y celebraban, como sucedió cuando querían proclamarle rey; salía al encuentro á sus perseguidores, como lo verificó cuando los que habian de crucificarle fueron á prenderle en el huerto de las Olivas, y se escondía de los

[1] Div. Augst. Tract. 43 in Joann.

judíos enfurecidos, como lo verificó cuando quisieron precipitarle de lo alto del monte y en esta ocasion que querian apedrearle. Con estos tres ejemplos nos da el Señor tres muy saludables documentos, á saber: Que huýamos de todas las prosperidades y honores con que el mundo nos brinda; que deseemos padecer tribulaciones y angustias por aquel que tanto padeció por nosotros, y que huýamos y evitemos todos los pleitos y contiendas en que naturalmente hemos de perder la paciencia y la caridad. Consideremos aquí, como nos dice san Gregorio [1], la mansedumbre y la humildad de Jesús, que pudiendo por un efecto de su omnipotente poder aniquilar con repentina muerte á todos sus perseguidores, se escondió temeroso y humilde de su presencia. Esto lo hizo para darnos otras tres importantes y sublimes instrucciones, á saber: Que no habia llegado aun el tiempo de su pasion y muerte; que él no habia elegido aquel género de muerte á que le condenaban sus enemigos por medio de una sedicion; y para que aprendiésemos á huir las persecuciones cuando estas fueron personales, segun lo que él mismo en otra ocasion habia dicho ya á sus apóstoles y discípulos: Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; *pero cuando la persecucion no es personal, no es lícito á los preladados huir, como lo manifestó el Señor en la parábola del mercenario y del pastor.* Escondióse de ellos á los ojos de su cuerpo, porque tampoco merecian verle con los del espíritu. A los incrédulos se esconde lo verdad porque desprecian seguir sus consejos y preceptos; porque ella siempre huýe y se esconde del corazón que no la busca con humildad y no la abraza con cariño. Como hombre huýe de las piedras; pero ¡ay de aquellos de quienes huýe Dios porque tienen el corazón de piedra! No se esconde como tímido en un ángulo del templo, ni detrás de la muralla del templo, ni se refugia en alguna habitacion, sino que cubriéndose con su poder celestial y divino, se hace sensible á sus enemigos y se hace invisible á sus enemigos y pasa por medio de ellos revestido de toda la grandeza propia de su divinidad; veíanle empero sus discípulos y le seguían sin zozobra ni fatiga.

[1] Div. Gregor. Hom. 18 in Evang.

Por último, con este ejemplo nos enseñó el Salvador que aun cuando podamos resistir la ira y la venganza de los que se ensorbecen contra nosotros, declinemos de ella con paciencia y caridad. Dígase si no, ¿qué es lo que debe hacer el hombre amenazado por su prójimo, cuando huye y se esconde el Hijo de Dios? Ninguno pues retorne al prójimo injuria por injuria, maldición por maldición, ni insulto por insulto; mas gloria adquirirá venciendo á su enemigo con el silencio y la huida, que si le confundiere con una respuesta formidable. Muchos hay que cuidan poco de mitigar la dureza de su corazón, aun cuando rependen la de los judíos. Muchos hay que la detestan y condenan porque no quisieron oír las predicaciones del Hijo de Dios, y son ellos mismos tan duros para obrar el bien, cuanto lo fueron aquellos para abrazar la fe que el Señor les predicaba. Oyen los preceptos de Dios, conocen sus milagros, pero resisten convertirse de sus iniquidades. Hasta aquí san Gregorio.

Mira pues bien á Jesús ¡oh cristiano! y conoce cuánto te conviene obrar según sus consejos y ejemplos; escondióse cediendo al furor de la injusta persecucion del pueblo judío; por los inmensos bienes que les hizo, no recogió sino frutos amargos. Contéplale bien cuando huye aunque cubierto con el manto de su divinidad; observa los apóstoles y discípulos que le siguen poseídos de tristeza y con la cabeza inclinada, y esta huida y postura triste muévante si quiera á compasion.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que como Padre amoroso convidas á todos para que oigan la palabra de Dios, inspírame un horror santo á las tinieblas del mundo que hasta aquí he amado, y trasládame del Egipto de mis pasiones á la tierra prometida de tu ley, para que conociendo la miseria y el riesgo de los bienes de la tierra y la riqueza y seguridad de los que me prometes en el cielo, estos sean los únicos que apetezca y desee. Enséñame á sufrir por tí las injurias, á no buscar mi propia gloria, y á aprender de tí las verdades de la salud que tú aprendes del Padre sin haberlas igno-

rado jamás. No quiero, Señor, mas doctrina que la tuya, porque esta es la única y verdadera sabiduría en que deseo medrar. No permitas que me aparte jamás del cumplimiento de mis deberes y de la predicacion de la divina palabra por miedo á las persecuciones de los hombres, por mas injustas que sean. Tú anuncias la verdad y eres perseguido; tú, que eres la bondad suma, la justicia y la misericordia, eres amenazado con piedras y te escondes. ¡Qué manso eres, Señor, y qué humilde! ¡Oh! Nunca salgas del templo de mi alma; únete á mi y yo quedaré unido contigo; seré dócil, manso y humilde todos los dias de mi vida, y la union que empezó aquí en la tierra se consumará en el cielo, donde con los mansos y humildes tendré la dicha de poseerte y alabarte eternamente. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VIII de san Juan, desde el versículo 12 hasta el 59, ambos inclusive.

La Iglesia usa varios trozos del mismo como propios de la misa del sábado de la cuarta semana de Cuaresma, desde el versículo 12 al 20.

De la del lunes de la segunda semana de Cuaresma, desde el versículo 21 al 29.

Y de la del domingo de Pasión, desde el versículo 46 al 59, todos inclusive; todos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo habló Jesús al pueblo de los judíos diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y dijoles: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testi-

monio es verdadero, porque yo sé de dónde he venido y á dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo ni á dónde voy. Vosotros juzgais segun la carne; yo á nadie juzgo, y si juzgo yo mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el Padre que me envió. Preguntábanle ellos: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni á mí me conocéis ni á mi Padre: si me conociérais á mí, conoceríais también á mi Padre. Estas palabras habló Jesús en el atrio del tesoro enseñando en el templo, y nadie le prendió porque aun no era llegada su hora.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA
DE CUARESMA.

San Juan, cap. VIII, vs. 21 al 29.

En aquel tiempo dijo Jesús á los judíos: Yo me voy, y me buscaréis, y morireis en vuestro pecado. A donde yo voy no podeis vosotros venir. Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará él mismo y por eso dice, á donde yo voy vosotros no podeis venir? Y decíales: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije que morireis en vuestros pecados; porque si no creyéreis que yo soy, morireis en vuestro pecado. Decíanle pues: ¿Quién eres tú? Respondióles Jesús: Desde el principio soy, esto es lo que os digo. Muchas cosas tengo que decir de vosotros y que juzgar en vosotros. Mas el que me envió es verdadero, y yo solo hablo en el mundo las cosas que oí de él. Ellos no entendieron que decía que Dios era su Padre. Dijoles pues Jesús: Cuando habreis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy y que nada hago de mí mismo; mas lo que el Padre me enseñó eso hablo. Y el que me envió, conmigo está y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DE PASION.

San Juan, cap. VIII, vs. 46 al 59.

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso no las escuchais vosotros, porque no sois de Dios. Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado? Respondió Jesús: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Mas yo no busco mi gloria, otro hay que la promueve y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo, que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron pues los judíos: Ahora conocemos que estás poseído del demonio. Abraham murió y murieron también los profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los profetas que asimismo murieron? ¿Por quién te tienes tú? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios: vosotros empero no le habeis conocido; yo sí que lo conozco; y si dijera que no le conozco, sería como vosotros, un mentiroso. Pero le conozco bien y guardo fielmente su palabra. Abraham vuestro Padre deseó con ansia ver este día mio; viólo y se alegró. Dijéronle los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese criado soy yo. Al oír esto cogieron piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió y se salió del templo.